

por [Jorge Fernández](#) | Viernes, 12/08/2011



### John Stott

Con la partida a la presencia del Señor del Rev. John Stott, el movimiento evangélico mundial pierde a uno de sus pensadores y portavoces más autorizados e influyentes del siglo XX. Así lo han afirmado tras su muerte, de forma unánime, reconocidos líderes protestantes de todo el mundo, entre ellos el evangelista Billy Graham, amigo personal y colaborador indispensable para el nacimiento del Movimiento de Lausana, cuya conferencia internacional de 1974 marcó un antes y un después en el desarrollo del movimiento misionero evangélico mundial.

Personalmente, he sentido un especial sentimiento de pérdida al conocer la noticia. Fue a finales de los 70 cuando tuve un encuentro personal y transformador con Jesucristo que cambió mi vida. Concretamente, fue a principios del año 1977, por lo que casi puedo decir que soy un *babyboomer* de Lausana.

Así es que, *coincidentalmente*, me tocó vivir mi “primer amor con Cristo” en los primeros años posteriores a Lausana 74, por lo que fui arrastrado de lleno por el fervor y el aire de frescura con el que salieron los evangelistas, pastores y líderes evangélicos, de aquella gran conferencia internacional. No me di cuenta en su momento, pero creo que soy deudor a ese empuje que, sin saberlo yo, me estaba empujando a vivir una vida cristiana consagrada y comprometida con la evangelización y las misiones.

Fueron años de mucha movilización, especialmente entre los jóvenes, con muchas ganas de aprender, de crecer y de cambiar el mundo con el mensaje del Evangelio.

En ese contexto fue que, siendo estudiante universitario, me relacioné con algunos de los libros de John Stott: “Cristianismo Básico”; “Las Controversias de Jesús”; “Crear es también pensar”, son algunos de los títulos que aún guardo en mi biblioteca personal y que hoy, tres décadas después, recomiendo a mis hijas, estudiantes universitarias. Muchas cosas han cambiado en el mundo en 30 años, pero los libros de Stott siguen siendo de lectura obligada para aquellos que aspiran a ser desafiados a amar a Dios... ¡también con todas sus mentes!

En mi corazón y en mi memoria guardo hoy el recuerdo de una anécdota personal que, en aquellos tiempos, cuando devoraba las luminosas reflexiones de Stott con las que nutría mi mente a principios de los 80, estaba muy lejos de tan siquiera imaginar que podría llegar a protagonizar algún día: tener una conversación en persona con John Stott.

Fue en ocasión de la celebración del VI Congreso Evangélico Español, en 1997, en Madrid, donde el conferenciante especial invitado fue, precisamente, el “Tío John”, como se le conocía coloquialmente.

Nunca olvidaré la singular experiencia de escuchar a mi admirado escritor personalmente, sorprendiéndome no tanto por sus brillantes exposiciones, como por su peculiar estilo de académico inglés con el que interrumpía sus conferencias por la mitad, durante cinco minutos, para que los asistentes pudieran estirar las piernas y descansar un poco. Lo asombroso es que nadie se desconcentraba ni perdía el interés por continuar con la ponencia. ¡Todo lo contrario! Creo que podríamos haberle escuchado durante horas.

Eso no fue todo. Aún tuve la oportunidad, en uno de los descansos, de cumplir el sueño impensado de conversar unas palabras con él personalmente. ¡No me lo podía creer! (Lamento que de aquella no llevaba cámara de fotos, así que sólo guardo una imagen mental de ese momento). Le encontré sólo, mirando unos libros en exposición sobre unas mesas, así que me animé a acercarme y saludarle.

Fue una conversación breve la que mantuvimos, la que nos permitían mi limitado inglés y su nulo español, pero fue suficiente para expresarle mi gratitud y lo mucho que habían significado algunos de sus libros para mí. El se mostró muy cordial, estrechó mi mano y me ofreció una de esas sonrisas cálidas de anciano afable y venerable que hacía que las personas se atrevieran a llamarle, cariñosamente, “Uncle John” (“Tío Juan”). ¡Qué diferencia con algunos líderes –ni siquiera tan influyentes ni tan importantes como él- que al saludarles nos transmiten (o nos indican expresamente), que tenemos que dirigirnos a ellos de “Dr.,” “Reverendo” o “Apóstol”!!

Cuentan de Billy Graham que, en cierta ocasión, un hombre se le acercó para saludarle y halagarle diciéndole: “¡Usted es un gran hombre!”, a lo que el conocido evangelista respondió: “Se equivoca; soy un hombre pequeño, pero con un gran mensaje”.

Estoy seguro de que John Stott suscribiría esas palabras.

No sé por qué, pero ahora que pienso en esto, noto que el sentimiento de pérdida y orfandad se me aumenta.

¡Señor, manda nuevos obreros (de esa clase) a tu mies!

Autor: [Jorge Fernández Basso](#)

© 2011. Este artículo puede reproducirse siempre que se haga de forma gratuita y citando expresamente al autor y a ACTUALIDAD EVANGÉLICA como fuente.

{loadposition jorge}